

EL SANTO PADRE Y LOS HOMBRES DEL JUSTO MEDIO.

Esta mañana, hácia las once de ella, el Santo Padre se ha dignado recibir en audiencia particular á M. el abate Felix Gennevoise, misionero apostólico, de regreso de un viaje á Francia.

El abate Gennevoise era portador de cartas de su arzobispo, S. E. el cardenal Régnier; y de otra ofrenda de la diócesis de Cambrai para el Dinero de San Pedro.

Esta ofrenda de 27,000 francos, añadida á la de 110,000, remitida pocos días ántes, por M. Antonio Cataldi, y á la de 230,000 francos, ofrecida hace algunos meses, por el mismo eminente arzobispo, elevan á 387,000 francos las sumas recogidas en 1874, entre los fieles de la diócesis de Cambrai. Estos fieles se han propuesto enviar este año á la Santa Sede medio millon de francos, y lo que ellos se proponen, lo ejecutan.

El Papa, que aprecia en alto grado el celo y la piedad de esa gran diócesis, ha hablado de ella al abate Gennevoise con mucha efusión, diciendo, que contestaría directamente, y de propio puño al Cardenal.

Empero, el abate Gennevoise era portador de otros dones: de una cadena de oro macizo, ofrenda de una dama de Lille, y de una pequeña imagen coronada de Nuestra Señora de la Treille; estaba, además, encargado de solicitar del Papa la bendición, en primer lugar, para su propia familia, una de las más devotas de la diócesis, y luego para otras familias de diferentes ciudades, entre ellas, de la de Tuscoing, de la que tanto el cura de Nuestra Señora, como la familia Lorthois, han dado con frecuencia pruebas de celo á su arzobispo y al Papa; debía, asi mismo, expresar los sentimientos de de-

voción de muchos círculos de reuniones católicas, y deponer á los pies del Santo Padre los homenajes de algunos obispos, especialmente de mons. de Amiens.

El Papa lo ha examinado, y escuchado todo con el mayor interés.

«Vamos, ya veo que vos sois el ministro plenipotenciario de la diócesis de Cambrai, ha dicho sonriendo, y que el Cardenal ha acertado en la elección de vuestra persona. Si; ya sé, que el Papa es muy amado en esa diócesis, que tan dignamente representais; así es, que recibo las demostraciones de su amor con un amor igual, y bendigo con todo mi corazón á todos esos excelentes y generosos fieles.»

Luego, recordando el Santo Padre, que habia escrito ántes algunas letras dirigidas á la familia Gennevoise, interrogó al piadoso visitador acerca de sus deudos, sobre sus misiones en la China, y sobre su libro titulado: *Confucio*.

Como el misionero contestase, que Confucio, en moral, podia ser considerado como un hombre del *justo medio*, exclamó:

—Exactamente; hay tambien muchos Confucios, aun entre los cristianos, personas del justo medio, católicos floacos, que quieren servir á dos señores, vivir en paz con Dios y con Belial.

Preguntando despues Pio IX, al abate Gennevoise:

—¿Cuándo vinisteis á Roma por primera vez?

—En 1858, Santísimo Padre.

—Precisamente cuando yo regresaba de un viaje á los Estados de la Iglesia.... Ahora ya no viajo... pero veo, que los re-

yes viajan. Rey hay, que corre mucho; y los periódicos le suponen, ora en el Norte, ora en el Mediodía...

El Papa, cuyas palabras no repetimos textualmente, decia todo esto con la finura y gracejo que le es habitual. Quizá queria

aludir, por contraste, al soberano que viaja con su cautivo, á la ironía de esa libertad, que se ha pretendido conceder al Vicario de Jesucristo.

Antes de despedir al abate Gennevoise, que como sabe Su Santidad, es muy amado

de S. E. el cardenal Franchi, le ha regalado una medalla, que representa, en una cara, la efigie del Papa, y en la otra, la basilica de Sta. Maria in Trastevere, diciendole con mucha gracia:

«Sois amigo de dos cardenales: hé aqui el titulo del cardenal, amigo vuestro, que reside en Roma.»

E.

(*Journal de Florence*, 13 de Octubre 1874.)

EL SANTO PADRE,

SU DISCURSO SOBRE ELECCIONES POLITICAS.

El Santo Padre ha recibido hoy en audiencia general, en la sala del Consistorio, à unas 100 mugeres del Circulo popular, titulado de *Santa Melania*, mugeres que, en su mayor parte, pertenecen à la clase humilde del pueblo. En nombre de las asistentes, se leyó por la Vice-presidente del Circulo, la señora Maria Zampi, un mensaje, al cual ha contestado el Papa con el notable discurso siguiente, que ha producido una sensacion extraordinaria en Italia.

Soy feliz, queridas hijas mias, al veros, no solo en tan considerable número en torno mio, sino todavia más al saber por vuestro mensaje, que os consagrais enteramente à obras de misericordia. Continúa en esta noble carrera con fe y caridad; continuadla hasta el fin; y estad seguras, que en el gran día señalado por Dios, para pronunciar su juicio sobre la inmensa familia humana, se-reis colocadas à su derecha.

Las circunstancias verdaderamente extraordinarias, entre las cuales vivimos, os obligan más especialmente à enseñar, con vuestro ejemplo, la paciencia, à las personas verdaderamente importunas, indiscretas y fúrnestas, que, en estos tristes tiempos, nos acometen más que nunca, à fin de procurarnos un tesoro con las tribulaciones presentes, y adquirimos mayores méritos delante de Dios; obrando así, es como atraeremos, aún sin quererlo, la condenacion sobre la cabeza de aquellos, que son la causa de tantas tribulaciones.

Hay otra obra de misericordia, que consiste, en advertir à los desobedientes, y es-

pecialmente à los niños indóciles para con sus padres; si quereis alcanzar este objeto, citades un ejemplo, que, ofreciendos à vosotras mismas un asunto de importante y útil meditacion, podrá aprovechar à los desobedientes, y, en todos los casos, confundirá su orgullo.

Hemos leído en el Evangelio de la fiesta de este día, que Jesús, niño todavia, habiéndose sustraído, por poco tiempo, de las miradas de su Santísima Madre, y de San José, para obedecer las ordenes de su Eterno Padre, le buscaron con ansiedad Maria y José, quienes, por fin, lo encontraron con indecible gozo en el templo. Despues de haber escuchado la mano à su afligida Madre, regresó con ella y con José à Nazareth; *et erat subditus illis*.

Reflexionad acerca de esta expresion, y observad, como Aquel, que manda à todos los coros de Angeles: *qui facit angelos suos spiritus*; se humilla, por la obediencia, à una de sus criaturas. Y por consiguiente, considerad, siempre mas, cuán detestable es el orgullo, que aparta à un hombre miserable de la obediencia à sus padres, y à aquellos que Dios ha establecido como superiores suyos en la tierra.

Con esta consideracion, crecerán en vosotras las virtudes de la humildad; virtud, que consiste en abrazar las humillaciones que se nos ofrecen todos los días; si vosotras las aceptais con resignacion, ellas os enriquecerán con una virtud, que es el fundamento de todas las demas virtudes.

Mas, ya que hemos hablado de obras de misericordia, sabed, que debe practicarse tambien la que consiste en rogar à Dios, por

los que van todavia peregrinando en esta tierra, y por los que sufren el merecido castigo en la Iglesia purgante.

Heaqui, pues, una oracion extraordinaria, que os recomiendo particularmente. Nadie ignora, que dentro de pocos días, aquellos que se llaman *electores*, deberán ocuparse en la eleccion de los diputados, que han de tomar asiento en una gran asamblea. Y puesto que de algunas ciudades de Italia se me ha preguntado, si es lícito ocupar un asiento en esa asamblea, al paso que os aconsejo orar, respondo à esa pregunta con dos solas observaciones.

Digo, en primer lugar, que la eleccion no es libre, porque las pasiones políticas oponen à ella obstáculos casi insuperables.

Pero aún cuando las elecciones fuesen libres, queda todavia otro obstáculo de más magnitud que superar; y es el del juramento, que los electos tienen que prestar sin restriccion alguna. Este juramento, notado bien, debe prestarse en Roma, aquí mismo, en la capital del catolicismo; aquí, à la vista del Vicario de Jesucristo. Y deben jurar que observarán, defenderán y mantendrán las leyes del Estado; esto es, deben jurar, que sancionarán la expoliacion de la Iglesia, los sacrilegios cometidos, la enseñanza anticatólica, y, por último, todo lo que hoy se viene practicando, y todo lo que se practicará en adelante contrario à los intereses de la Iglesia. Y todo esto, con menosprecio de las censuras antiguas y recientes, y à despecho de las promesas públicas y solemnes hechas por los hombres sé dicentes del *movimiento* (funesto *movimiento*); los cuales no pueden merecer el apoyo de los hombres honrados, y aún menos el de los hombres de conciencia.

De lo que infiero, que no es lícito ocupar un asiento en tal asamblea. En cuanto à vosotras, mis muy queridas hijas, orad, para que Dios ilumine à los extraviados, comuniqué fortaleza y vigor à los oprimidos; y finalmente, para que abra los ojos à los que vacilan, y que, en su alucinacion, quisieran hacer alianza con Belfial, sin abandonar por eso à Jesucristo. Orad, especialmente, por estos últimos, pues son muy dignos de compasion.

Ahora, preparaos à recibir la bendicion apostólica. Que esta bendicion os comuniqué la firmeza de perseverar en el bien, y de vivir en la gracia del Señor, para que

podais luego bendecirle por toda la eternidad.

Benedictio Dei, etc.

(*Journal de Florence* 13 de Octubre 1874.)

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE

EL DISCURSO DEL PAPÀ, QUE ANTECEDE.

El Santo Padre ha querido soplar sobre la andanada de mentiras y torpezas de la prensa sectaria, levantada al aproximarse las elecciones políticas.

Los sectarios de la república, acusaban à los de la monarquía, de haberse vendido al Vaticano, para entregar la unidad, la dignidad (?), la independencia (!) de Italia, en compensacion del apoyo de los obispos; ellos sabian ya el contenido de una pretendida circular del Papa al Episcopado, y atribuian anticipadamente el feliz suceso de la monarquía en las elecciones, à la *diforme pareja del Régimen y de la Santa Sede*.

Los sectarios de la monarquía acusaban à los de la república, de haber conspirado con los católicos, à fin de operar de consuno la caída de los candidatos oficiales, y dar el triunfo à los *puros, otra diforme pareja de comunales y de la Santa Sede*.

Mas, pocas, pero algunas palabras del Papa, dirigidas à unas pobres mugeres del pueblo, han sido suficientes para derribar toda esa andanada.

Hoy, por hoy, toda la prensa guarda silencio.

Ayer, en el momento mismo, que se entregaba à la publicidad el texto del discurso pronunciado dos días antes, la *Capital* osaba decir:

«El Consistorio ha sido diferido, hasta los últimos días de noviembre. El Vaticano quiere ver el resultado de las elecciones generales políticas; y si el trabajo concertado, entre los obispos y los prefectos, según la marcha y las instrucciones comunicadas por el ministerio, de acuerdo con la Santa Sede, dará, ó no, una mayoría parlamentaria de

conservadores clericales. Por doquiera que corran peligro los candidatos oficiales, serán apoyados por el clero, ó bien se les sustituirá con candidatos clericales.

«En el Consistorio se verá, hasta que punto conviene adoptar otras transacciones con el ministerio, porque Minghetti prome- te nuevos privilegios á la Iglesia Romana.

«Se crearán nuevos cardenales. Minghetti y Cantelli se ocuparán luego, en que algun cardenal sea elegido senador.»

«No es sumamente oportuno tomar aqui acta, de la mentira y de la impudencia cometida por un periódico, del cual se venden más números, que de todos los demás órganos moderados, republicanos y católicos juntos? Y esta superioridad en la venta de la *Capital*, ¿no es un indicio seguro del grado de estupidez, al cual la mala prensa ha hecho descender la opinion pública?

Y si no, ¿como se explica, que M. Sonzogni nada haya sabido del discurso del Papa, de un discurso pronunciado en presencia de 400 ó 500 mujeres del pueblo?

Esto probaria dos cosas: que la *Capital* no tiene otras noticias del Vaticano, que las que toma de la *Gazzetta di Italia*; ni relacion alguna familiar con el pueblo Romano.

Consideraríamos tiempo perdido, el que empleáramos en desmentir las groscas invenciones de ese periódico, en cuanto concierne á las supuestas intrigas y conciertos de la monarquía con la Santa Sede. Pio IX ha hablado, y esto basta. El ha dicho: *non licet*. Por consiguiente, ni un solo católico, digno de este nombre santo, se acercará á las urnas electorales.

En la seccion de *Noticias del Vaticano*, inserta en el mismo número, se hallará, además, todo cuanto puede decirse hoy del Consistorio, ó, para servirnos de una expresion empleada, desde el 20 de Setiembre 1874, de la provision de las sedes vacantes.

Volviendo, empero, á nuestro asunto del discurso del Papa, hemos leído en otro periódico, que, refiriendo el pasaje relativo á las elecciones, se extraña que Su Santidad

haya hablado de política á unas pobres mujeres.

En primer lugar, nos parece que esas pobres mujeres son mucho más capaces, que los periodistas sectarios, de entender, cual conviene, las cuestiones políticas, pues saben el Catecismo.

Luego, decimos, que el Papa ha aprovechado el momento que le ha parecido oportuno, para oponer el *non licet* á las vacilaciones de ciertos católicos. El es el juez que ha de determinar la hora, el lugar, y las palabras que le conviene pronunciar.

Por lo demás; ¿acaso Jesucristo aguardaba á que los hombres políticos y los doctores le rodeasen, para decir las verdades que él queria enseñar?

Pio IX ha prestado un servicio señalado á los pueblos de la península italiana: algunos, impulsados, tal vez, por sentimientos laudables, combatian la abstencion. Y la abstencion es, ahora, un deber.

Los católicos ya no son libres, de una parte; y de la otra, no se les permite prestar un juramento, que implica el reconocimiento de los sacrilegios consumados, y del compromiso de participar, directa ó indirectamente, de los nuevos atentados que se mediten contra la Iglesia.

Los católicos no son libres. Y ¿como pudieran serlo, cuando su Padre y su Jefe no lo es?

Han prestado ya un juramento en presencia de Dios, el de obedecer al Papa, que es la boca de Cristo: *Os Christi*. ¿Pudieran ellos prestar otro juramento, el de atacar, cooperando con la secta, los derechos de Jesucristo y de su Vicario?

La cuestion, pues, está resuelta definitivamente.

En verdad, nosotros la habíamos ya resuelto. Ahora, sin embargo, nos creemos autorizados para ocuparnos del asunto de las elecciones... cuando y cómo lo tengamos por conveniente.

E.

(*Journal de Florence*, 16 de Octubre 1874.)

BISMARCK Y LA SECTA.

M. de Bismarck manda, al parecer, á toda la Europa; y, sin embargo, el obedece. Si; obedece, y de la manera más humilde y sumisa que pudiera imaginarse. Él manda á los gabinetes que reconozcan á M. Serrano, y todos los gabinetes se someten á sus mandatos: no quiere el *Orenoque* en Civitavecchia, y el *Orenoque* se aleja á todo vapor; declara la guerra á los Armenios católicos, y la Sublime Puerta se apresura á satisfacer sus deseos, haciendo suya la causa á favor de los Armenios cismáticos.

Sin embargo, á este hombre de Estado tan poderoso, le falta una cosa, y es, la realidad del poder. Ni aún es dueño de ese libre arbitrio, de esa libertad de obrar, del don más precioso que Dios ha concedido al hombre: su voluntad está encadenada, y, lo que es peor, encadenada á una voluntad, que no se atreve á sondear, ni aún á conocer, y que, realmente, no conoce más que el último de los adeptos. Instrumento de la secta anticristiana, y engreído, tal vez, en ciertas ocasiones, de ser su representante más autorizado, no por eso deja de ser su esclavo. Debe someterse, debe ejecutar órdenes, debe realizar el programa que le ha sido impuesto, y que ni siquiera le es permitido discutir.

Lo que acabamos de decir, pudiera parecer una paradoja, si los hechos que se desarrollan á nuestra vista, á propósito de la cuestion de Roma, no lo confirmasen de una manera indudable. La gran persecucion de la Iglesia, que estamos presenciando, se verifica por dos sistemas distintos: el uno, es la guerra abierta, el encarcelamiento, el destierro, el martirio, el régimen del sable impuesto á los creyentes; el otro, consiste en las usurpaciones sucesivas sobre los derechos del sacerdocio, en los artificios hipócritas, las protestas de afecto á la Santa

Sede, las tentativas de conciliacion: el régimen de la seducción.

Se sabe, que este último sistema no es del gusto del principe Bismarck; pero gusta á Italia. Mucho más hábiles los revolucionarios italianos, que el gran canceller prusiano, los hombres de Estado de Italia han comprendido, que los mártires engendran santos, generacion incómoda, que se opondrá siempre á los propósitos de la secta anticristiana. Nada de mártires, ni santos: hé aqui su programa. La fé, emparedada en los templos, sin la menor influencia en todo cuanto constituye la vida publica de una nacion, hé aqui sus medios. Dejan al pueblo ciertas prácticas exteriores de religion, y, paulatinamente, le arrebatan todo lo que forma la sustancia de ella. Le arrancan sus hijos para entregarlos, primero, á maestros ateos, para obligarles, despues, como militares, á obedecer su voluntad. Le sacan su dinero para gastarlo en las fortificaciones de Roma, á fin de que esta ciudad pueda oponer, en pro de los intereses de la Francmasonería, una valerosa resistencia á toda la cristiandad.

Satisfecho el pueblo con esas prácticas exteriores, que no favorecen, ni perjudican á la secta, calla, y duerme; entrelanto, se lleva á cabo, sin ruido, la obra diabólica de derruir el edificio cristiano. M. de Bismarck no está al nivel de esa obra maestra de maquiavelismo; ni siquiera la comprende; de ahí provienen ciertas discusiones interminables, entre los gabinetes de Berlin y del Quirinal. Nada se trasluce de ellas—la diplomacia no es más que una sucesoral de las logías, cuyos misteriosos procedimientos ha adoptado—sin embargo, es indudable, que esas discusiones existen, y continuan tres años há, y aun, á veces, con alguna acritud.

El gobierno italiano se mantiene firme, y

dice á M. de Bismark: vuestras leyes y vuestras medidas tan severas contra el alto clero ¿de que os han servido? ¿Os han ganado algun arzobispo u obispo? El episcopado alemán, despues de tanto ruido de cadenas con que habeis tratado de intimidarlo, no permanece ménos unido de corazon y de alma al Papa, que el episcopado italiano. Nosotros, tambien, habiamos aplicado la cárcel y el destierro; pero sin obtener ningun resultado favorable: ahora, hemos apelado á ideas más prácticas; primero, tomamos del clero cuanto podemos arrebatarle, en punto á bienes temporales; y luego, con mucha suavidad y sin ruido, procuramos arrancarle las almas, sustrayendo los pueblos de su autoridad episcopal.

«De qué os sirven esos viejos católicos? De nada más que para sacaros fuertes pensiones: esto es lo mas claro y lo mas glorioso de sus hazañas. Creednos; al punto á que han llegado las cosas, no hay que pensar en fundar ninguna nueva religion. Debemos destruirlas todas, para que, en su lugar, domine la sola razon humana; y para destruirlas, ninguna necesidad tenemos de amenazar á nadie con el sable; conviene, por el contrario, conducir con suavidad á los que profesan la sola religion verdadera, confun-

dirse y hermanarse con los sectarios de todos los cultos falsos. De esta confusion, al indiferentismo mas completo en materia de dogmas, no hay más que un pequeño paso.»

Y nuestros hombres de Estado, sonriense de lástima en las narices de M. de Bismark; y M. de Bismark tiene que contentarse con esa sonrisa, única cosa que ha podido arrancar, hasta aqui, de los hombres de Estado italianos.

Y quién infunde á nuestros ministros semejante temeridad, para resistir á las voluntades y mandatos del poderoso canciller del imperio alemán?

La seguridad de que la secta anticristiana está por ellos. La secta, en efecto, aprecia en todo su valor los méritos especiales de los ministros italianos, y sabe perfectamente, que el sistema por ellos empleado, es el más seguro para llegar al fin supremo; al triunfo del mundo moderno, y á la destruccion de todo vestigio del orden social cristiano. En la lucha, M. de Bismark tiene que ceder ante el decreto inapelable de las Logias Masónicas.

JUAN ESTÉBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence*. 16 de Octubre 1874.)

LA SECTA Y LA OPINION PÚBLICA.

¿Qué viene á ser la OPINION PÚBLICA?

Todo el mundo habla de ella; se la invoca para excusar la locura de ayer, y como pretexto á las aberraciones de mañana; mas, en el fondo, nadie se toma el trabajo de definiria.

En 1868, traté yo de bosquejar su fisonomía en algunas páginas, que considero oportuno reproducir aqui:

«Hay que reemplazar á Dios con algo. El capricho de los hombres siente la necesidad de abrigarse detrás de algun nombre genérico, que se parezca á un principio, y ejerza un prestigio cualquiera á los ojos de los pueblos.

«Se ha encontrado la *opinion pública*, y á la verdad, que no podia imaginarse cosa mejor para permitirse todos los antojos, y legitimar todas las aberraciones.

«Existe, por cierto, una opinion pública, digna del mayor respeto, que Dios ha colocado en el fondo de todas las conciencias; aquella que tiene un origen en la ley natural. Todos los filósofos la admiten: «lo que se ha creído siempre, y en todos los lugares, puede considerarse como ley de la naturaleza», dijo Ciceron. La teologia la venera bajo el nombre de tradicion. El mismo Salvador del mundo, frecuentemente acudia á ella (MATTH. V y XV; MARC. VII) Los Apóstoles la respetaban, y aconsejaban á los fieles, que conservasen este depósito sagrado. (PETR. I. S. PABLO, á los Galat. I, y á los THESS. II ep., II.) Todos los Padres de la Iglesia lo han venerado.

«Empero, ¿es esta opinion pública la que ahora ha sido elegida soberana del mundo, por gracia de la revolucion?

«Question es ésta, que importa resolver, pues Ciceron, por no citar otro filósofo ménos autorizado, nos advierte, que no todas las opiniones son igualmente buenas; (De

Nat. Deor. II), y Nuestro Señor mismo, ha condenado ciertas tradiciones. (MATTH. IV. 5, 6.)

«La verdadera opinion pública se funda en la ley natural, y responde al sentimiento de lo verdadero y de lo justo, que está grabado en todos los corazones. Distinguese por este triple carácter: la antigüedad, pues se remonta al origen del hombre; la inmutabilidad, que no varia al través de los siglos; la universalidad, porque no cambia segun el clima y el pais.

«Lo que ha sido verdadero y justo, hace cinco mil años, verdadero y justo será hasta el fin del mundo; doquiera se halle una criatura, que tenga nocion de lo justo y de lo verdadero.

«Pero, en la opinion pública, que se trata de imponernos hoy, no se halla ni uno solo de esos caracteres. Observad, sino, el objeto que se propone alcanzar. Su objeto es ahogar, extinguir, suprimir en el hombre, el sentimiento de lo justo y de lo verdadero, que el Criador imprimió en su corazon, para su direccion propia en las luchas de su existencia.

«La falsa opinion pública tiene mucho de veleidosa, de efimera, y apenas se la puede coger. Su esencia es la movilidad; nació ayer, y muere hoy. Se trasforma sin cesar, se desliza, se disipa, se evapora en el aire; nadie puede detenerla ni fijarla. En nuestra misma época de paradojas y de audacia, nadie se atrevé á dar de ella una definicion plausible. Y nadie la dará, estad de ello seguros.

«Se le adorna la máscara: es lo único que puede hacerse; porque esa «reina del mundo.» no es más que una máscara, con la cual se encubren las peores pasiones.

«El sistema revolucionario ha dado un gran paso, reemplazando en los altares á la

diosa Razon, con esta opinion pública de mala ley.

«El culto de la diosa Razon, tenia que echar obstáculos insuperables, no solo por parte de los católicos, sino tambien de los cismáticos, protestantes, mahometanos e idólatras. Con dificultad el mundo hubiera permitido, que esa divinidad penetrase en las iglesias, en los templos, en las sinagogas, en las mezquitas, ó en la pagodas.

«La opinion pública tiene medios más invasores: ella puede conquistar el universo con una rapidez espantosa: cada individuo es, para sí mismo, su propio templo y su Dios. Para eso una sola cosa tiene que practicar: ahogar en su seno los preceptos de la ley natural, romper del todo con la verdadera opinion pública, y seguir la corriente, contribuyendo á formarla.

«Si el hombre se envaneca de esta opinion pública, si prostítuye ante ella su conciencia con placer y hasta con orgullo, no deja de tener algun fundamento. Sabe el, que contribuye á la grande obra; que su voz robustece el coro; que desempeña una parte secundaria, pero necesaria, en este gran torbellino, que debe arrastrarlo todo. Halla cierta satisfaccion en adorar una divinidad, en cuya fabricacion han trabajado sus manos, y en arrancar, de esta suerte, de su corazón, una ley, la de la naturaleza, ley que él no ha hecho, pues le ha venido de arriba.

«En el fondo, el objeto es idéntico: reemplazar la ley de Dios por la de la razon humana, individual; pero ¡cuán aprisa se va, cuando se concede el derecho de soberanía á la opinion pública!» (*Cartas de un Ermitaño*)

La gran causa de la verdad, ha tenido constantemente que luchar contra esa potencia: desde 1868, se la ha visto engrandecerse, extender sus conquistas sobre todos los gobiernos, romper el cetro de la única autoridad que le oponia resistencia: la del Papa; y poco á poco, ha invadido el campo católico, último refugio de lo verdadero, de lo bueno y de lo justo.

Tiempo es ya de preguntar á esa opinion pública, de dónde viene: su origen hay que buscarlo en el infierno, en esa secta anticristiana, que nos la impone. Ella es la que en sus antros ha forjado los seudo principios, las falsas teorías, las doctrinas subversivas, que sus periódicos nos propinan cada día; ella es la que ha creado esos torrentes de

ideas variables, móviles, contradictorias, que forman lo que se llama las grandes corrientes de la opinion pública. Por velocidades, por difíciles que sean de coger esos millares de ideas, que salen de las guaridas masonicas, se las encuentra siempre dirigidas contra Dios, contra la Iglesia, contra la verdad. Las grandes corrientes de la opinion pública llevan consigo esa marca indeleble, que revela su origen.

Por otra parte, para no ser engañado, basta un detenido examen de las fechas. La Masonería hizo su irrupcion en pleno día, sobre el continente, en 1789: entonces fué cuando empezó á dominar á los reyes en nombre de la opinion pública. Felipe de Orleans, gran maestre de todas las Logias de Francia, escribía de Londres, donde estaba momentaneamente desterrado, una carta á su agente de París, prescribiendole la recepcion que debía hacersele á su regreso: quiero, decía, una entrada triunfal en París, para impresionar profundamente la opinion pública; y luego añadió: agitada al pueblo, conducidle á mi encuentro, que prorumpa en muchos vivas á mi persona. (*V. Storia della Setta anticristiana, t. 1*)

Desde entonces, en nombre de la opinion pública se cometen todos los crímenes políticos. Despues de ese mismo Felipe Igualdad, que condenó á la guillotina á su augusto primo, hasta la toma de Roma, «devuelta al mundo moderno,» en expresion de Victor Manuel, se ha pretendido justificar por la fuerza de la opinion pública, una odisea de abominables maldades, y una hecatombe de ilustres victimas inmoladas en los altares de esa divinidad siniestra.

El castigo más cruel, que la cólera del cielo puede infligir á la sociedad humana, es abandonarla á la dominacion de esa potencia. Con ella desaparece el heroísmo, se borra toda conviccion, y no hay más que una opinion dudosa, vacilante, velocida, que se halla, á la vez, en los dos puntos opuestos de una tesis. La conciencia se embota, se borra, para que sobre libremente la pasion y el antojo. Así el individuo, como la sociedad, conducidos á merced del viento, sucumben, al fin, victimas de la mentira, revesida de mil formas fascinadoras. La responsabilidad moral no existe ya; la sociedad humana no es más que una pasta informe—ó, según una frase bíblica, el vómito de Dios—que Satanás amasa con sus uñas.

Se necesitaba toda la inteligencia de un ángel caído para inventar, semejante máquina de guerra contra la verdad.

La decadencia de la fé, que vemos en rededor nuestro, y de que, con tanta frecuencia hablamos con dolor, dimana del poco cuidado, que el cristiano de nuestros tiempos pone en preservarse de los atentados de la opinion pública: él cree, que puede aceptar su ley en una infinidad de cosas, y que le basta conservar algunos restos de la verdad.

Leerá sin el menor escrúpulo los periódicos revolucionarios, para informarse de la opinion dominante; se abstendrá de tal ó cual demostracion cristiana, por respetos á esa misma opinion; confiará su hijo á ciertas escuelas, porque así lo exige la opinion pública... y, sin embargo, creará permanente cristiano... y hé aquí el triunfo más sorprendente de esa misma opinion pública.

JUAN ESTEBAN DE CAMILLE.

(*Journal de Florence, 24 de Octubre 1874.*)

La secta—que es una ama excelente—deja á ese cristiano holgarse y jugarle á su gusto. Sabe muy bien, que una vez cogido en las inextricables redes de la opinion pública, ese desventurado se mostrará tan tímido por la causa de la verdad, que no tendrá valor para defenderla y proclamarla. Ella sabe perfectamente, que la concesion de hoy, le conducirá mañana á otra concesion; que de la tibieza, pasará á una frialdad glacial. Seducido por las corrientes diferentes de la opinion pública, se extraviará, se perderá, y acabará por dejarse arrastrar, y aun por estar muy contento, de ver en sus manos baratijas de similor, fabricadas por la secta, en vez del oro puro de la verdad, que Dios le habia dado. La conquista es completa.